Ibáñez da la respuesta de los trabajadores a los terratenientes

(Conferencia trasmitida por radio)

Señoras y señores radioescuchas
Camaradas trabajadores de todo el país

Quiero aprovechar hoy la gentileza de los directores de la Radio Coperativa Vitalicia, para enfocar ante el país, y para enjuiciarlo, el último Congreso de Agricultores que se ha celebrado en Santiago. Porque él no puede ser extraño, tanto en sus resoluciones como en sus principios, a la vida de nuestras masas laboriosas de las ciudades y los campos y mucho menos puede serlo a la política general del país.

Entro, pues, en nombre de la Confederación de Trabajadores de Chile, a participar en el debate abierto por los terratenientes nacionales sobre los problemas de la vida económica, social y política de la República: y entro a él seguro de interpretar el pensamiento y los intereses de más de un millón de asalariados, a la vez que los 4 millones y medio de seres humanos que constituyen la totalidad de los habitantes de nuestro país.

FEUDALISMO Y ENCOMIENDA

Toda la historia social y política de Chile, a lo largo de ciento treinta años, está sellado con la firma del señor feudal que sucedió al "Encomendero" de la Colonia. No hay sólo un acontecimiento de importancia en el país en el cual la pugna de clases no haya intervenido con la violencia en el choque de intereses antagónicos.

Permitidme que detenga mi atención algunos instantes para explicar especialmente a muchos de mis compañeros que escuchan el orígen de nuestra estructura social. Somo un país que fue conquistado y colonizado hace cerca de cuatrocientos años por los españoles. La España Feudal y Monarquica trasplantó a sus colonias las estructuras de su sociedad y con ella, costumbres, lengua, tradiciones, arte, religión, organización jurídica, vale decir, superextructura.

España era un país feudal, sigue siéndolo. Como la major parte de los países europeos de aquella época, España había establecido una institución de trabajo servil, en que los siervos y los villanos o los aldeanos "encomendaban" su defensa al señor feudal quien para recompensarse de sus desvelos les imponía la obligación de trabajar sus tierras durante toda la vida. Pasaron a ser de ella un objeto más de lo que da el señor. La "encomienda", que sucedió en Europa a la esclavitud vino a Chile en las ramas de los conquistadores y arraigó sobre la extructura social y económica de nuestra naciente sociedad.

Valdivia y los conquistadores que lo sucedieron otorgaron a sus oficiales y soldados, y tambien a alguno, civiles, en pago de los servicios prestados al Rey de España las llamadas **"encomiendas" de indio** o sea, inmensas extensiones de tierra con los aborígenes que en ellas vivían. Aún cuando las encomiendas fueron concedidas por las vidas, es decir, hasta la muerte de los hijos del **"encomendero"** en la práctica este periodo se prolongó durante toda la colonia, hasta la epoca de don Ambrocio O'Higgins y en el hecho hasta la estinción completa de los indios.

Estos fueron sometidos en Chile desde el principio a un trabajo esclavizado la marca de fuego, el látigo, la cadena, las jornadas de labor interminables en los lavaderos de oro, y las labranzas, la alimentación pésima, sin vivienda y sin abrigo, fueron las condiciones comunes impuestas a los oprimidos condiciones, que excepto a uno que otro religioso de espíritu auténticamente cristiano, a nadie causaba extrañeza.

He dicho que las encomiendas subsistieron practicamente hasta la extinción de los indios: pero eso todavía no es completamente exacto, la encomienda subsiste hoy, con ligeras modificaciones a todo lo largo y lo ancho de Chile.

LATIFUNDIOS E INQUILINAJE

Porque, aunque jurídicamente suprimidas las "encomiendas de los indios", o la extinción de estos, la población mestiza siguió sirviendo en las haciendas del valle central y el norte chico pero ahora bajo la condición de inquilinos a la "encomienda" sucedió pues, como hijo legítimo el latifundio, al "encomendero feudal", el terrateniente: "al indio esclavizado", el inquilino.

El "encomendero" rigió la vida social y orientó la vida política y administrativa de la colonia. Su sucesor el latifundista, ha regido y orientado al gobierno y la actividad económica de la nación durante un siglo de la república.

De la casta latifundista han salido la mayor parte de los Presidentes de Chile, los Ministros y los Parlamentarios, los altos funcionarios de la Administración Pública y de la Justicia, en una palabra, la plana mayor en privilegio y poder de la estructura estatal del país.

Ellos han hecho y aplicado las leyes para conservar sus privilegios y continuar la explotación

En la holgura, el lujo y la ociocidad, transcurren en cambio, las horas de los latifundistas, organizados pomposamente y al amparo de nuestras leyes, en "Gremios de Agricultores", de la masa trabajadora de la tierra. Ellos, como lo demostrare enseguida, continuan imponiendo su espíritu de casta y oponiendo fuertes vallas y dificultades a la obra renovadora del actual Gobierno.

EL VALOR DE LA TIERRA Y SU REPARTO

Según el rol de avalúos de 1930 de la Dirección de Impuestos Internos, hay en el país 210 mil propietarios agrícolas que poseen en total sobre 27 millones de hectáreas. De estos más de 135 mil son pequeños propietarios rurales cuyas tierras tiene un avalúo inferior a 5.000 pesos, o sea menos del salario de un año de trabajo de un obrero calificado de la ciudad.

Estos pequeños propietarios practicamente no pueden vivir del producto de su tierra y tienen que realizar en los fundos próximos trabajo asalariado, o buscar en faenas de diversos orden el alquiler de su mano de obra para gagarse el medio de subsistencia que el cultivo de su tierra no alcanza a proporcionarle.

De las mismas estadísticas se deduce que la extención y el valor de los predios de estos 135 mil pequeños propietarios representa apenas 4% del total de territorio agrícola nacional. Y frente a esto, como una contradicción violenta, unos 600 grandes propietarios rurales tienen en sus manos el 60% del total de la propiedad rural, con un avalúo superior a 5.000 millones de pesos.

EL GAMONAL DE HOY Y EL ENCOMENDERO DE AYER

He sostenido que los terratenientes han orientado la vida económica, política y cultural del país durante más de un siglo, a traves del Gobierno, los organismos estatales, los bancos y la propiedad de la tierra. Lo han hecho con un egoismo incalificable, porque han negado sistemáticamente a la masa laboriosa del país el acceso al bienestar material y a la cultura.

Aliados al imperialismo han explotado al país entero y sus masas de obreros, empleados y campesinos, con el mismo criterio con que explotan y oprimen la vida de sus inquilinos y peones.

El rancho miserable que entregan como vivienda al campesino es la continuación del conventillo que habita el obrero de la ciudad. El vestido que cubre el cuerpo del campesino es insuficiente y subraya y comprueba con una cruel realidad la frase ya muy manoseada del "Harapo", institución nacional". El calzado que usa y el abrigo en general que posee, especialmente en las zonas de climas fríos o lluviosos, no es suficiente a la defensa orgánica indispensable a la salud. Y a que pensar en la alimentación. Y en las interminables jornadas de trabajo? Y en los salarios?

Veámoslos mejor, a traves de una breve descripción los jornales en dinero fluctúan entre sesenta centavos diarios a dos pesos cincuenta, según las regiones, más para sus inquilinos, el goce de una cuadra de siembra que representa entre 200 y quinientos pesos anuales, según las zonas, como alimentación reciben una galleta diaria y un plato de porotos, todo lo cual puede avaluarse generosamente en $ 1.— por día, la casa que habitan, por lo general, un rancho con pizo de tierra muros de abobes, sin luz ni aire, húmedo durante varios meses del año, no es, con mucho una vivienda humana.

Puede agregarse a esto el talaje para algunos animales y un pequeño cerco, a veces. Con todo, jornales y regalías, el salario medio del trabajador agrícola, sea inquilino o peón, no alcanza a $ 4,50 diarios. Y no quiero abultar los extremos ínfimos, porque es mi propósito que esta exposición sea lo más serena y justa posible y que al recordar las condiciones de vida y trabajo de varios millones de mis hermanos campesinos, temo que me arrastre la pasión a exageraciones que me propongo evitar.

Si a todo lo anterior agregamos las dificultades de aprovisionamiento y las circunstancias de ser las familias campesinas sumamente numerosas, nos encontraremos con la verguenza nacional de que el término medio disponible para la vida de cada persona dependiente del trabajo del campesino no alcanza a $ 1.— diario. Y en cuanto a la jornada de labor, para el obrero del campo no existen las ocho horas, por el contrario son tareas fatigosas de 10 a 12 horas de labor cuotidiana.

LAS ESTADISTICAS Y LA VIDA DEL LABRADOR

En una encuesta hecha en 1935-1936 por la Inspección General del Trabajo en todo el país y que comprendió a más de doce mil familias campesinas se revelaron casos sencillamente angustiosos; pero de ella surgieron, entre otras, las siguientes conclusiones:

El 99% de los inquilinos y obreros agrícolas no comen carne sin una vez al mes; el 97 % no bebe leche y el 76% vive en el antiguo rancho antihigiénico y antihumano, que corona la obra de la explotación latifundista durante más de un siglo de vida republicana en Chile.

Consecuencias de todo lo anterior son la desnutrición y la miseria como único patrimonio del obrero campesino.

Si proyectamos esta condición material de los trabajadores agrícolas al orden de su condición espiritual, nos hallamos con idénticos páramos y desolación.

Las estadísticas oficiales asignan un millón ciento veinte mil analfabetos mayores de 7 años en el país. Y si realizáramos una rápida investigación, tendríamos la sorpresa que de ese millón y tantos de analfabetos, el 50% corresponde a hombres y mujeres que dedican sus vidas a labores agrícolas. Ignorancias, superstición y miseria viven aliados junto a la vida de nuestros hermanos trabajadorse del campo. Conozco personalmente algunos latifundio chilenos, en la zona central de nuestro país y podía citar por ejemplo, la Hacienda de San Antonio de Petren, en la Costa de Santa Cruz. Tiene este fundo cerca de 15 mil hectáreas, viven el él cerca de cinco mil personas y no tienen escuelas. Así viven los trabajadores agrícolas.

Podría citar, pero no es mi ánimo esta noche, en que forma están establecidas las relaciones de patrones y obreros agrícolas. Ello me llevaría demasiado lejos... más, como no decir que entre el indio de la "encomienda" colonial y el actual inquilino de los latifundistas chilenos (salvo las excepciones honrosas, pero escasas), no hay sino dos o tres diferencias que aventajan grandemente la condición del primero sobre el segundo. Sólo que nuestros trabajadores agrícolas no pueden ser vendidos ni marcados, y que lentamente va desapareciendo el "derecho de jornada", institución colonial trasplantada por largos años a la República.

ORGANIZACION DEL CAMPESINADO

Yo comprendo la forma de privilegio como los grandes agricultores interpretan nuestras leyes. Ellos se han organizado gremialmente en poderosos organismos como la Soc. Nac. de Agricultura y ahora la Confederación de Agricultores que acaban de constituir. Pero, eso sí, no conceden idénticos derechos a los trabajadores de sus haciendas, a quienes sistemáticamente burlan su libertad de organización reconocida por la legislación social. Los caminos de Chile saben en estos instantes como responden los gamonales criollos, los latifundistas, a cada intento de organización campesina. Allí hay algunos miles de campesinos con sus familias, sin pan, sin techo, sin trabajo, sin tierras; querían organizar su sindicato y aspiraban a cierta mejoría en sus condiciones de existencia. Pero los señores castigan estas aspiraciones. Y en este invierno que termina, los tristes caminos de Chile, saben de muchas tragedias y lágrimas obreras.

Por eso, las palabras del señor Jaime Larraín presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, en la sesión de clausura del Congreso de Agricultores, y las resoluciones tomadas por éste en sus deliberaciones, si bien entrañan en muchos aspectos cambios de frente en la conducta patronal, no es menos cierto que tememos que ellas sólo sean posiciones demagógicas adoptadas sin una seria convicción de los agricultores.

Como Secretario General de la CTCH., sostengo que los grandes agricultores tienen la obligación de mostrar una elemental consecuencia en su conducta. Que, por lo mismo que se amparan en nuestras leyes para organizarse, según ellos gremialmente, respetan la organización gremial a los trabaadores de la tierra que **tienen más justas y legítimas reivindicaciones que defender y conquistar con su organización.** Que no combatan, como lo hacen, la organización sindical del campesinado, que guarden con los trabajadores de la tierra consideraciones elementales; que no cometan; como lo hacen en muchas partes, crueldades inauditas con sus inquilinos, destruyéndoles sus sembrados y arrojándolos al hambre por el delito de organizarse; que establezcan relaciones más humanas con sus trabajadores. Sólo entonces podrán evitar en parte la beligeracia de clase que ellos tratan de suprimir mediante métodos coercitivos e injustos.

Más aún, son precisamente los agricultores organizados en cinco poderosas Sociedades, y Confederados hoy para defender sus privilegios los que tratan de obstaculizar la sindicalización de los asalariados agrícolas.

LOS GRANDES AGRICULTORES, ENEMIGOS DEL PROGRESO

La persecución contra los obreros agrícolas que luchan por organizarse, la realizan los grandes agricultores por métodos francamente inhumanos. Tengo aquí en mis manos un documento que evidencia la forma como se ejerce el sabotaje de los compañeros despedidos de los fundos para que no puedan hallar trabajo en otros. El reducido tiempo de que dispongo para estas observaciones me impide leerlo.

Quiero, pues, afirmar frente a las conclusiones del último Congreso de Agricultores, realizado con un profundo espíritu reaccionario, para oponerlo a las realizaciones del actual Gobierno, para ejercer sobre él una presión económica que equivale a una declaración de guerra, que la clase trabajadora de las ciudades, las minas, los campos y puertos de Chile montan guardia junto a las conquistas democráticas alcanzadas; que no conseguirán los agricultores por grandes y organizados que se presenten y sean, romper la unidad de nuestro pueblo, ni debilitar la situación del Gobierno.

No nos extraña la actual posición de los grandes dueños de la tierra. Ellos han sido siempre enemigos del progreso social y la democracia.

Por eso, lucharemos, sin descanso, por hacer organización en el campo, como la hemos hecho en las ciudades y centros industriales y mineros. La haremos no para cambatir a los grandes latifundistas, sino para hacer respetar el derecho y la vida de nuestros compañeros, para mejorar las condiciones de existencia de ellos y sus familias y para todos los ciudadanos de un país libre y democrático.

Mientras mayor sea la resistencia patronal a respetar el derecho de organización del campesinado, mientras más crueles se muestren los latifundistas con los peones e inquilinos, las colisiones de clase adquirirán contornos más duros y violentos y más lejos se hallarán los señores agricultores de la armonía social que propugnan en las palabras y niegan y combaten en los hechos.

Los trabajadores estamos hechos para la dureza y ya no sentimos grande inquietud por alcanzar la gloria eterna ni nos preocupa ni poco ni mucho donde descansarán nuestros huesos cuando muramos. Como Secretario General de la CTCH., sé que lo que quieren nuestros campesinos y obreros son mejores salarios, habitaciones higiénicas, buenas condiciones de trabajo, escuelas, más pan y tierra y consideración social de parte de sus patrones y el Estado como regulador de la vida política, económica y social del país.

Lo alcanzaremos con organización, quiéranlo o no lo quieran los señores grandes agricultores. Lo alcanzaremos contra explotadores y opresores. Contra enemigos emboscados o francos, porque el destino de la clase trabajadora no hay fuerza humana que pueda detenerlo.

Que por algo el camino de la libertad y de la justicia es ancho y caben en él las multitudes con sus anhelos y esperanzas. Y, aunque duro, lo recorreremos por nuestra generación sacrificada y, sobre todo, por las generaciones que detrás de nosotros vienen y para las que hemos de alcanzar al derecho y la realidad de una vida mejor, más bella, justa y alegre.